

# Plenitud compartida: la palabra y la pintura. María Zambrano y Ramón Gaya

*Shared Height: Words and Paintings. María Zambrano  
and Ramón Gaya*

**Victoria CLEMENTE LEGAZ**

Museo Ramón Gaya (Murcia)

victoriaclemente@ayto-murcia.es

Con mayor intensidad, la obra de María Zambrano se va convirtiendo en un eje que vertebra el desarrollo humano del tiempo presente. La filósofa es un referente fundamental para crear mejores futuros. Como también lo es la obra pictórica de Ramón Gaya y la reflexión que hace sobre el arte.

El presente texto señala la figura fundamental de María Zambrano y de Ramón Gaya, analizando su acción cultural en una época de reflexión compartida entre los pensadores. El impulso principal de traerlos al presente para rescatar cuantas verdades transitaron, es la publicación de las cartas que ambos creadores cruzaron durante cuarenta años. Sus reflexiones, necesarias en el tiempo que hoy vivimos, son ejes vitales aplicables como mejora de la actualidad cultural, política y social de la recién estrenada década de los años veinte.



*Plenitud compartida: la palabra y la pintura*

Muchas veces he estado por escribirte. Te hubiera dicho siempre la misma cosa, la única cosa que en el fondo te he dicho desde que nos conocemos, reafirmada el año pasado cuando nos vimos en México.

La Habana, 13 de junio de 1949.<sup>1</sup>

Es indudable que las cartas recogidas por Isabel Verdejo y Pedro Chacón y editadas por la editorial Pre-textos (2018), esconden un gran tesoro por mostrar la vida de dos de los intelectuales más relevantes del siglo xx, sí. Pero además, lo son por invitar al lector a un contexto más íntimo, no solo biográfico o intelectual de los creadores, sino a uno que apunta hacia lo esencial. Las cartas poseen una riqueza histórica y cultural de dos exiliados españoles con reveladoras reflexiones que orientan hacia la comprensión de la trayectoria vital y de la obra que llevaron a cabo Zambrano y Gaya. Las misivas ponen de relevancia el hecho de una verdad: la de ser creadores fieles a sí mismos. Durante cuarenta años de correspondencia, con intervalos entre medio, vemos a dos intelectuales muy sensibles con la vida, conscientes de existir a contracorriente en su tiempo y regalando, a través de palabras que, incluso, superan al lenguaje, aquellas verdades que les habitaron el alma.

Para llegar a profundizar en el verdadero significado de las meditaciones recogidas en las diferentes cartas, que duraron

---

<sup>1</sup> Fragmento de una carta de María Zambrano a Ramón Gaya.

desde 1949, fecha en la que está escrita la primera carta, hasta 1990, empezaremos situando el contexto de la relación que une a los creadores, explicando cuándo se conocieron y también señalando los principales acontecimientos biográficos, la época y el momento histórico que vivieron.

María Zambrano y Ramón Gaya forman parte de una de las generaciones más brillantes del siglo xx. Se conocieron en 1932, coincidiendo más en Las Misiones Pedagógicas, uno proyecto cultural y social que fundamentó la importancia vital de la cultura para el desarrollo humano de una época. Se trataba de una iniciativa del primer gobierno de Azaña, en la Segunda República. Y el objeto era erradicar el nivel de analfabetismo que existía en la España de los años treinta con la finalidad de acabar la desigualdad cultural que se daba entre la ciudad y el pueblo, utilizando, para ello, la cultura como medio y como fin. Eran tiempos de efervescencia creadora, de un despliegue natural de las artes y del pensamiento. «Llegamos a las cuatro de la tarde y tuvimos un recibimiento cordialísimo, ferviente, respetuoso [...]. Nos esperaba una emoción imborrable y ciertamente inesperada». Escribió María Zambrano, tras su paso por la localidad cacereña de Navas del Madroño, en marzo de 1932. La filósofa encabezaba al grupo de intelectuales que llegó con Las Misiones Pedagógicas. Unas misiones que aportaron una base en cine, pintura, teatro, música y libros. Todo bajo el convencimiento de que la cultura otorgaba libertad. Una clara acción que buscaba la verdad y lo real en la que el pintor Ramón Gaya colaboró como uno de los tres copistas, junto a Eduardo Vicente y Juan Bonafé, de algunas de las obras del Museo del Prado para formar el Museo Ambulante, la exposición itinerante que acompañaría al proyecto de las Misiones desde el comienzo del proyecto. Sobre ello, el pintor respondía en una de las entrevistas recogidas en «Ramón Gaya de viva voz»:

Cuando Cossío pensó en crear el Museo del Pueblo, a Juan Bonafé, a Eduardo Vicente y mí se nos encargó realizar una serie de copias. Una vez terminadas, Cossío nos pidió que acompañáramos dicho museo ambulante por los pueblos, para ver sobre el terreno qué se podía hacer. La primera vez que salimos íbamos Cernuda, Eduardo Vicente y yo, y empezamos en Arenas de San Pedro. Con el tiempo fuimos, la mayoría de las veces, Antonio Sánchez Barbudo y yo. Dábamos una charla, a última hora de la tarde, cuando la gente volvía del campo. Sánchez Barbudo hablaba de historia y yo de pintura.<sup>2</sup>

Una misma generación que, marcada por movimientos sociales y políticos, consiguió trascender la vida mientras padeció los acontecimientos del momento. En el caso de Zambrano y de Gaya, sobrevivieron a la Guerra Civil en España y a un exilio que duró demasiado. Podríamos —casi— afirmar que se convirtieron en aquella persona que define Zambrano para describir la esencia humana del individuo, en «una persona que es algo más que el individuo; es el individuo dotado de conciencia, que se sabe a sí mismo y que se entiende a sí mismo como valor supremo, como última finalidad terrestre, que ha trascendido su dolor»<sup>3</sup>. Enfocando a definir a esa *persona* como al ser humano consciente *que cumplió con su fin*. Evocamos a la plenitud desde ello. Señalamos desde esta idea hacia dos individuos que se convirtieron en la *persona* que señala la filósofa, haciéndose responsables de su vida para atenderla como fin último. Se trata de un entendimiento muy similar al que Ramón Gaya, último pintor de la Generación del 27, mantuvo acerca del significado de la palabra *destino*. El

<sup>2</sup> Ramón Gaya de viva voz. Entrevistas (1977-1998) (2007). Edición de Nigel Dennis. Valencia: Pre-textos.

<sup>3</sup> ZAMBRANO, M. (1988). *Persona y democracia: La historia sacrificial*. Barcelona: Anthropos, cit., p. 103.

creador señalaba que el fin del hombre es la dicha, y que dichoso sería aquel quien reconociera su destino como vocación. Así lo dejaba claro un pintor, que también escribía, en su texto *El extremo deber del artista*<sup>4</sup>, en el que identifica el destino como deber de cumplimiento al que está llamado todo hombre. El destino, para el pintor, era la vocación como deber, haciendo de ella el compromiso más firme de vivir.

Para ambos creadores, como para otros de su generación, vivir era un acto que solo adquiriría verdad y plenitud cuando se daba ese compromiso con el propio deber, con el ser. Porque sin él, la vida tan solo serviría sin contener valor<sup>5</sup>. El pintor y la filósofa asumieron su trabajo en la construcción del puente que debía de unir el deseo interior con el deber exterior<sup>6</sup>, llevándoles todo ello a vivir a contracorriente de su tiempo. No se trataba de un rechazo por lo moderno o actual, porque modernos lo somos todos sin remedio<sup>7</sup>, afirmaba el pintor, insistiendo en la idea que diferenciaba a la modernidad viva de la otra que tan solo servía sin valer.

Ramón Gaya, junto a Rafael Dieste, Antonio Sánchez Barbudo, Juan Gil-Albert y Manuel Altolaguirre, fue fundador de *Hora de España*, una revista mensual a la que poco tiempo después se suma a su dirección María Zambrano. El pintor ilustraba portadas e interiores de las mismas y Zambrano escribía en ella. Se publicó entre enero de 1937 y noviembre de 1938, en plena contienda, quedando impreso el último número en enero de 1939. Gaya también ilustraría la primera edición de *Filosofía y poesía* de Zambrano, y de *Pensamiento y poesía en la vida*

<sup>4</sup> Texto recogido en GAYA, R. (2000). *Obra completa*. Valencia: Pre-textos, cit., pp. 269-272.

<sup>5</sup> Ramón Gaya hace referencia a dos tipos de modernidad, la que sirve y la que tiene un valor y vale. Asumiendo, al mismo tiempo, que la modernidad es inevitable. «Ramón Gaya, María Zambrano y la modernidad». *ABC de las Artes*, 1989.

<sup>6</sup> GAYA, R. (2000). *Obra completa*. Valencia: Pre-textos, cit., pp. 269- 272.

<sup>7</sup> SANTOS TORROELLA, R. (1989). «Ramón Gaya, María Zambrano y la modernidad», *ABC de las Artes*.

*española*, ambos en 1939. En una carta dirigida de Zambrano a Jorge Guillén comenta la pensadora: «No sé por qué culpa, se pronunció sobre nosotros la sentencia de superviviente, no solo en la España que perdimos —irrecuperable—, sino en esta fuga de los seres más nobles que nos abandonan; sí, esta soledad en que nos vamos quedando, falta de puntos de referencia vividos»<sup>8</sup>.

Los creadores —en adelante también Z. y G.—, fueron dos de los centenares de intelectuales españoles marcados por la autenticidad y por la necesidad de expresión mediante la cultura. Y cuando habían conseguido asumir su deber, trazando ese puente que unía aquello interior, o que podríamos señalar como vocación o autoconocimiento, con el deber exterior o el destino, y al que podríamos identificar como vida, tuvieron que abandonar España, fracturando con el destierro la naturaleza de su carácter y futuro. También fue un exilio interior que, años más tarde, provocaría la reafirmación de quienes eran. El tiempo en el que comenzaron las cartas entre ambos creadores.

### *El exilio: la plenitud de la palabra y la pintura*

Era en el momento en que grandes grupos de personas desarraigadas de la religión, escépticas ante los usos y costumbres heredados, no sumergidas en su clase, ni siquiera en su patria, tenían necesidad de pensar y de saber.<sup>9</sup>

La filósofa y el pintor, fieles a su deber, adquirieron el compromiso de ser ellos mismos con mayor conciencia. Durante

<sup>8</sup> ZAMBRANO, M. y GAYA, R. (2018). *Y así nos entendimos. Correspondencia 1949-1990*. Edición Isabel Verdejo y Pedro Chacón. Ep. Laura María Teresa Durante. Valencia: Pre-textos, cit., pp. 22-23.

<sup>9</sup> María Zambrano, sobre la humanización del tiempo, en ZAMBRANO, M. (1988). *Persona y democracia: La historia sacrificial*. Barcelona: Anthropos, cit., pp. 21-22.

el exilio, posicionados siempre en entender el mundo desde la cultura, ambos autores iban consiguiendo expresar lo esencial mientras entregaban el contenido de sus almas. Zambrano llegó, tras un interminable periplo (París, Nueva York, La Habana), a Morelia, México, y Gaya a Ciudad de México, dos lugares donde comenzaba un periodo de reflexión mayor, «de escribir para defender la soledad», como afirmaba la filósofa. Con mayor intensidad, se hizo más indómita la devolución desde el vasto territorio del pensar, desde la palabra, en el caso de Zambrano y desde la pintura y también la palabra, en el de Gaya. Necesitaban sacar cuanto llevaban dentro, ir devolviendo a la vida aquello que esta les había entregado desde el principio.

Nosotros en cambio sentimos que somos. [...] Si miramos en nosotros en porque sentimos una angustia infinita que somos nosotros quienes hemos de dar respuesta a la pregunta de ustedes. [...] Nosotros quisiéramos sentirnos fuertes en un mundo que resbala bajo nuestros pies y que tenemos que sujetarlo o crear otro.<sup>10</sup>

Se trataba de un fiel compromiso con la pasión interna y un camino hacia un modo de vida simple, con una sinceridad tan pura que no había necesidad de formularla porque ya existía desde el brote inicial. Fueron el vehículo de un proyecto inacabado aún, buscaban *otra cosa* que anunciaba Zambrano: «Encontrar la medida justa, la proporción según la cual la convivencia fuese efectiva, viviente, según la cual España fuese un país habitable para todos los españoles»<sup>11</sup>, reforzando, de forma intensa, su

<sup>10</sup> ZAMBRANO, M. *Obras completas*. Vol. VI., cit., pp. 214-215.

<sup>11</sup> La cita es de *Delirio y destino*, que apareció en 1952 y que trata de «los veinte años de una española». María Zambrano invita a asomarse a la intimidad de la vida y al trabajo incesante de una mujer cuya trayectoria resume, como pocas, el afán de libertad que atrapó a todos esos españoles que combatieron la dictadura de Primo de Rivera y que anhelaban la llegada de la República.



pulsión desde el exilio. La filósofa no quería que se llevaran esa libertad por la que su generación había peleado; se negaba a que les arrebataran aquello que tanto les costó conseguir. «Llegar a ser lo que se es no es ningún juego de palabras, sino la esencia misma de la vida humana»<sup>12</sup>, afirmaba Zambrano.

A pesar de estar marcada por la dureza existencial de un siglo inmerso en un profundo sufrir<sup>13</sup>, la filósofa, con la fortaleza de la conciencia, se atrevió a entrar a las zonas más oscuras del corazón. Tal vez, un acto valiente que deberíamos recuperar para el análisis de lo actual, pues el pensamiento de Zambrano o la *irremediable* vocación de Gaya, al que también podríamos identificar con el concepto de *razón poética*, son bases firmes para construir un eje que de sentido a la necesidad de conciencia que habita nuestro tiempo. Ambos autores, hallaron respuestas en su exilio interior, permanecieron vinculados a la España de entonces, a la historia de una cultura que se vio truncada por la guerra.

Otras de las ideas que más les uniría, sería coincidir en señalar el desmoronamiento de la modernidad, de una civilización que parecía culminar por no haberse construido sobre bases más humanas. Ambos autores prestaban atención a la vida, al arte, a la creación más próxima que emerge de ella, a un pensamiento clásico que hoy necesitamos para poder seguir creando desde un sustento más poético y no tan racionalista.

Y como contra a una modernidad impostada que tan solo *sirve sin valer*, Ramón Gaya, enfoca su verdad hacia la «Roca Española»<sup>14</sup>, a aquello que representa para el pintor el punto de

<sup>12</sup> ZAMBRANO, M. (2017). *Isla de Puerto Rico. Nostalgia y esperanza de un mundo mejor*. Madrid: Vaso Roto, cit., p. 41.

<sup>13</sup> Zambrano y Gaya vivieron las consecuencias de las dictaduras de Primo de Rivera y de Franco, de las guerras y el exilio, asumiendo los riesgos y las secuelas sociopolíticas de los sistemas dictatoriales.

<sup>14</sup> Texto recogido en GAYA, R. (2000). *Obra completa*. Valencia: Pre-textos, cit., pp. 181-185.

origen y retorno, donde podemos hallar las principales obras de la pintura clásica española: el Museo del Prado.

Quando desde lejos se piensa en el Prado, este no se presenta nunca como un museo, sino como una especie de Patria. Hay allá algo muy fijo, invulnerable y también sin rendición. [...] El Prado es un lugar hermético, secreto, conventual, en donde lo español va metiéndose en clausura, espesándose, encastillándose. [...] Entrar al Prado es como bajar a una cueva profunda, mezcla de reciedumbre y solemnidad, en donde España esconde una especie de botín de sí misma, robado, arrebatado a sí misma. La pintura española es real como nunca ha podido serlo nunca la realidad misma española. [...] En España la pintura no brota del juego imaginativo del arte, sino de la vida, de la realidad de la vida. La pintura española siempre es un despertar, una vigilia. [...] Desde fuera y lejos de España, cuando un español piensa en el Prado, este no se le presenta nunca como un museo, sino como un roca.

También escribe «Milagro Español» haciendo referencia a la genialidad de un país creador que añora: «El Genio, en España, no parece tener continuidad. En todo lo español decisivo encontramos esa condición dura, inhóspita, de lo irrepetible». Escribe sobre Galdós, Picasso, Pastora Imperio, Zurbarán y Manuel de Falla, entre otros creadores<sup>15</sup>.

Mientras, Zambrano se entrega a su palabra, a aquella que alentaba ya a un país en los textos creados para la revista *Hora de España* antes de su exilio. Para seguir haciéndolo más tarde comparando al país que la desterró con una Europa que se hallaba sumida en una profunda crisis humana. Será en el

<sup>15</sup> GAYA, R. (2000). *Obra completa*. Valencia: Pre-textos, cit., pp. 141-180.

exilio donde su inicial preocupación política se concrete en la elaboración de un proyecto de realización del ser humano, teniendo como núcleo la propuesta de desarrollo de la «razón poética», es decir, de un uso creador, de la razón a partir de la atención a todo cuanto ha quedado sumergido o marginado, en el convencimiento de que ese es el lugar en el que anida la «posibilidad» de algo capaz de responder al presente de una civilización que agoniza. Para ello, el concepto unamuniano de *agonía*<sup>16</sup> fue clave. Su advertencia y su claridad que se mantienen ya toda su vida, se visualizan principalmente en dos textos: *El hombre y lo divino* y en *Persona y democracia*. En ambos, la filósofa, profundiza en la crisis de la cultura contemporánea de Occidente: «Lo único que podemos pretender es haber tenido nuestra verdad y haberle sido fieles hasta el fin, seguir siéndolo, ya que el fin, claro es, no ha llegado»<sup>17</sup>.

De forma paralela, ambos creadores permanecerán ya unidos por la honda preocupación del fracaso de la modernidad y por una realidad que parece haberse vuelto falsa, un mundo que solo podrá ser sostenido por la verdad que les es entregada mediante sus creaciones. Gaya, que en los años veinte soporta el contagio vanguardista tras su regreso de París y que vive la inmersión en Las Misiones Pedagógicas, emprende, durante el exilio principalmente, una etapa desprejuiciada, de mimesis y homenaje con los grandes maestros, al margen de tendencias. Dando mayor rigor a las palabras que ya defendía, en 1928, cuando asumió la vanguardia como fracaso en una carta que dirigía a Juan Guerrero desde París:

Tiene usted una idea falsa de París, querido Guerrero. En París no se paga el mejor cuadro, se paga la mejor firma; se

<sup>16</sup> *El sentimiento trágico de la vida* fue una de las grandes aportaciones filosófico-religiosas de Miguel de Unamuno.

<sup>17</sup> ZAMBRANO, M. *Obras completas*. Vol. VI., cit., pp. 259-265.

vende por tamaños. [...] Tiene esto algo de matemáticas. [...] En París se vende la pintura por metros; como los solares por construir.<sup>18</sup>

Y en paralelo, Zambrano, negando la creación de una sociedad que se desarrollaba de forma incorrecta, buscando un modo diferente de estar y de pensar para estar en el mundo, un modo que supiera involucrar a hombres y mujeres. Señalando como el gran error de occidente la escisión radical entre filosofía y poesía.

La democracia es el régimen capaz de renovarse a sí mismo, de ser la continuación de sí mismo, es decir: de superar su propia crisis. Las crisis llegan inevitablemente siempre que un proyecto se ha logrado [...] la crisis no es fracaso.<sup>19</sup>

En ambos pensadores se reiterará la negación y la reflexión sobre esa modernidad. Zambrano establece comparaciones con la crisis contemporánea en *El hombre y lo divino*. Y Gaya lo hace negándose a un arte vanguardista desde bien joven reafirmando, con mayor precisión, en *El sentimiento de la pintura*, en 1951:

A los grandes expresivos les faltó silencio; exaltados por la pasión, quisieron decir, decir, pero sus obras magníficas resultan, al final, como una especie de tartamudeo grandioso. Las obras supremas, en cambio, son obras completamente calladas, limpias.

Reflexiones a las que ambos consiguen dar vida a través de sus particulares formas: la pintura y la palabra. Desde La Habana,

<sup>18</sup> Gaya, R. (2000). *Obra completa*. Valencia: Pre-textos, cit., pp. 323 -327.

<sup>19</sup> ZAMBRANO, M. *Pensando la Democracia*.

la filósofa evoca la fe de ambos en el trabajo y en la confianza de sus pasiones y talentos: «Tenemos nuestros dioses y, si sabemos hablarles y escucharles, las cosas se hacen ellas solas, y entonces las cumplimos casi sin responsabilidad y esfuerzo»<sup>20</sup>. A lo que el pintor responde en la siguiente carta de vuelta una semana después: «Si no fuera por esos dioses interiores, ¿dónde estaríamos todos ya? En una cosa me siento cada vez más fuerte: mi pintura».

Zambrano, sumida en el eje de su obra, allí donde se encuentran la filosofía y la poesía, sus dos amores, se detiene en una razón poética que resulta crítica con el pensamiento occidental dominante, situando como error inicial aquella expulsión que Platón hace de los poetas. La filósofa, crítica, señala que aquella razón occidental dominante ha crecido alejada de la intuición poética, olvidando el equilibrio y convirtiéndose en racionalista mientras ha dejado en el tintero a la propia vida. El gran error de occidente ha sido, para la pensadora, esa escisión radical entre lo filosófico y lo poético. Como respuesta al pensamiento occidental, Zambrano se detiene en la necesidad de unir el pensamiento y la vida con sus emociones, gestos y sentimientos. Su razón poética, busca algo más de lo evidente, sacar a la luz la realidad, posicionarse en ella. Rescatar así las raíces del sentir que han sido obviadas por el entendimiento y por las corrientes del pensamiento occidental. Con la palabra, Zambrano ilumina las ausencias sobre las que se ha construido la Democracia. Igualmente que consiguió con ella reforzar a su persona cuando comienza el exilio.

Gaya y Zambrano, fueron creadores comprometidos con la vida que habitaba en ellos y con las circunstancias que experimentaron. Puede que la época que vivieron acelerara el brote de la verdad

---

<sup>20</sup> Fragmento de la carta que envía Zambrano a Gaya de la Habana, en 1949.

creadora más escondida de sus almas. Pensemos en un realidad que les atravesó, que vino a herir directamente a sus sentidos, a una consciencia que había entrado en perfecta comunicación con la vida para hacerlo, más tarde, con el mundo. Señalamos aquí a dos creadores que iniciaron un proceso verdadero interrumpido por la época marcada de connotaciones políticas, culturales y sociales. De hecho, en su cartas, vemos a dos personas que reflexionan convencidos de vivir en un tiempo de crisis, rechazando la exaltación del futuro y de lo moderno.

Ambos, preocupados por la búsqueda de la verdad y por el sentido de la vida, se aproximan con sentido estricto a la salvación del conocimiento y del arte. La base de la reflexión de Zambrano se sitúa en su razón mediadora: en una que está entre las raíces más íntimas de la vida y la propia razón, entre el individuo y la sociedad, entre la filosofía y la poesía. Una mediación que debe a sus primeros desciframientos del estoicismo. Y en el caso de Gaya, podemos encontrarla tras la meditación pictórica que incesante busca reconocer el misterio de la vida en la pintura clásica, en los homenajes que nos vuelven a mostrar aquello en lo que el pintor que escribe ha conseguido detenerse por verdadero. Velázquez, Carpaccio, Tiziano y Rembrandt, entre otros pintores, serán objeto de su verdad durante su existencia.

Z. y G., seguros de sí, iniciaron una reflexión muy personal, reforzada en el exilio, al conectar los hechos de la vida con sus actos de creación. En el caso de la filósofa, esa conexión se da desde la tragedia, la mística, la filosofía, la historia y la política a lo largo de sus meditaciones escritas, abriendo así, múltiples ramas entrelazadas que observar y ordenar. Y en el caso del pintor, por ir llegando, con mayor lucidez en México, al fondo insobornable de su alma pictórica provocada por una fuerte añoranza de la pintura clásica y de un país pleno de cultura como era España.

El exilio fue para los creadores una crisis y una ruptura, pero no un fracaso, pues confirmaron, con rotundidad, sus verdades y quiénes eran.

Tiempo<sup>21</sup>

No es mi vida, es mi tiempo  
como un ala de nadie,  
quien transcurre sin verme,  
quien me lleva en su cauce.

No soy yo quien perdura,  
no es mi vida quien pasa,  
por cumplirse a sí mismo  
va este día en su agua.

Esta luz, estos brotes,  
esos labios pasando,  
esta garza, esta lluvia,  
no son vida, son años.

No es vivir esta carne,  
no es vivir este espejo,  
esta voz, esta frente,  
no es vivir, es ser tiempo.

### *Unas cartas para la vida eterna*

Y ¿qué vas a hacer, Ramón, qué vas a hacer? Ya sé que tú  
no eres para precipitarte en la acción; como tampoco yo. [...]   
Éntrate donde están tus Dioses y habla con ellos que será

---

<sup>21</sup> «Poemas de un diario» (México, 1943). En GAYA, R. (2000). *Obra completa*. Valencia: Pre-textos, cit., p. 645.

hablar contigo, y entonces verás muy claro lo que necesitas hacer o que se haga y... después de un poco de padecer y aun de gritar, se acaba cumpliendo.

La Habana, 13 de junio de 1949.<sup>22</sup>

A veces, algunas palabras que han sido ignoradas, cuando se ordenan, alcanzan un eco durante siglos. La relación intelectual que mantuvieron Gaya y Zambrano, sobrepasó los límites del lenguaje. Ellos sabían contarse, desde la entraña, todo cuanto injustamente vivieron. También supieron salvarse mediante el fruto de sus creaciones. Obras a las que hoy acoge franca una realidad que se va encargando de ordenar lo culminado de una época con el fin de ofrecerlo al presente. La editorial Pre-textos ha reunido, muy acertadamente, aquellas cartas que ambos creadores se dirigieron durante años. En lo aparente, son cartas de mucho valor que señalan un pasado de la historia cultural, política y social de España, pero lo real, en este caso, contiene un valor incalculable. Porque tienen alma, recuerdos, deseos, momentos iluminadores de los propios creadores, son ellos, las cartas son fiel reflejo de singulares personas que hoy hemos de rescatar para colaborar en la construcción de las nuevas formas de estar en el mundo. «No solo encerraban recuerdos», afirma Isabel Verdejo en la nota preliminar de los editores, sino «también el sentido de lo que eran y del destino de cuanto hacían».

La filósofa y el pintor se hablan de «hermanos», tampoco en sus cartas encaja la palabra *felicidad*, tal vez por la imposibilidad de desprenderse de los recuerdos del pasado y por la gran añoranza de su patria. Le dice Zambrano a Gaya en una carta escrita desde Roma, en 1956: «Sí, hijo mío: eso es. Tú eres de los que van, si es preciso, por pedregales desangrándose hasta

---

<sup>22</sup> Fragmento de una carta de María Zambrano a Ramón Gaya.



la fuente». Supieron entenderse hasta compartir el mejor tesoro que tenían durante el exilio: su soledad y el taller que hicieron de ella. «Este régimen nos permitió acompañarnos sin quitarnos la soledad, la soledad que se necesita para hacer lo que uno quiere hacer», le escribe Zambrano a Gaya.

Las cartas nos muestran una realidad de apoyo entre ambos pensadores:

Y... bueno Ramón, como vamos a andar por estos y otros Mundos, así, llevando esa inmensa alma dentro y fuera de nosotros. Que ni contigo ni sin ti tienen mis males remedio. Esa es nuestra situación. Y andamos hechos alma en pena por los caminos.

Zambrano entendió la forma de vivir el arte que tenía Gaya, sus empeños en lo verdadero, en los clásicos, también su ruptura con la vanguardia. Sobre ello, la filósofa le escribe:

Sentí, comprobé que te sucede algo maravilloso al par en tu vida, sí, en tu vida y en tu obra. Un día me dijiste —ay qué memoria— que ya que la vida no es lo que debería, que lo fuera el arte, lo que uno hacía. Y ahora... ya ves, ya veo en ti vida-obra, creación en todo.

A lo que Ramón, en otro tiempo, en la fecha de entrada del pintor a España<sup>23</sup> y no como respuesta a lo anterior, le escribe a María:

Cuando recobre el habla escribiré largo. De las emociones demasiado fuertes me salva un poco todo lo que tengo

---

<sup>23</sup> 7 de marzo de 1970.

que hacer, de tipo material, para mi exposición: cuadros, bastidores, marcos, cristales, cambiar el fondo de las paredes de la Galería, instalación nueva de luz. [...] Ya sabéis que mi pintura no liga con lo moderno.

Tal vez, en 1939, comenzaron un exilio que ya nunca terminaría. Volver ya sería difícil, pero no tenían que regresar a atrás, ya habían conseguido emprender el único camino verdadero, el de sus creaciones, el de ser fieles a sí mismos. Zambrano y Gaya se reencuentran en Italia, en un país que ve florecer a ambas vidas. «Esto, Ramón, se parece a la vida», le escribe la filósofa a Gaya. En 1956, en Roma, comienzan a encontrarse con más frecuencia, continuando con la reflexión entre cartas y encuentros.

«Se podría pues creer que muere nuestra cultura, especialmente en su núcleo occidental y más antiguo: Europa. Más podría ser todo lo contrario: un amanecer. Probemos a verificar esta hipótesis»<sup>24</sup>, afirma la filósofa española más importante de nuestro tiempo a la que hemos de agradecer el recuerdo de cuanto nos es necesario: ser *persona* y el amor<sup>25</sup>.

Ramón Gaya y María Zambrano se reconocieron, se encontraron y dialogaron sobre la vida y el arte. Pero podríamos señalar como esencia de su amistad, el encuentro entre dos seres fieles y amantes de la cultura, de la verdad que esconde el hecho de ser bondadoso con uno mismo. Ambos obtuvieron grandes reconocimientos, entre ellos, el primer Premio Velázquez, en el caso de Gaya y el Premio Cervantes, en el de la pensadora. También escribieron grandes obras. En el caso de Gaya, pictóricas y literarias<sup>26</sup>, y en el de Zambrano, profundos escritos

<sup>24</sup> Zambrano, M. *Persona y democracia*. op. cit., p. 40.

<sup>25</sup> A pesar de estar escrito en 1958, *Persona y democracia* muestra una actualidad sorprendente en el tiempo que hoy nos vive.

<sup>26</sup> Véanse los homenajes a la pintura clásica y su obra fundamental *Velázquez, pájaro solitario*.

---

para la construcción de una vida mediante lo verdadero: el ser humano.

Ánimo y calma, pues, Ramón, en todo. El destino nos da estos laberintos, estos hilos enmarañados que hemos de sacar lisos para que aún invisiblemente los tengamos en nuestras manos un día, como la total ofrenda.<sup>27</sup>

---

<sup>27</sup> Carta de Zambrano a Gaya, 9 de febrero de 1960.